

SAN FRANCISCO JAVIER (1506-1552)

Francisco Javier es conocido como el mayor santo misionero de la época moderna, tanto que Benedicto XV, en la carta apostólica *Maximum illud* (1919), lo comparó con los apóstoles. Francisco Javier nació el 7 de abril de 1506 en el castillo de Javier, en Navarra (España), y murió el 3 de diciembre de 1552 en la isla de Shangchuan, frente a la costa de China. Fue uno de los primeros compañeros de Ignacio de Loyola; junto con él, con Teresa de Ávila y con Felipe Neri, fue canonizado por Gregorio XV en 1622, el mismo año en el que el pontífice erigía la Sagrada Congregación de Propagación de la Fe. Después, en 1748, fue «declarado patrono de Oriente por el papa Benedicto XIV, y sucesivamente, en 1904, fue elegido por Pío X como patrono de la propagación de la fe. Por último, en 1927, junto con santa Teresa del Niño Jesús, fue proclamado por Pío XI patrono de todas las misiones»³. Él es, por tanto, uno de los más significativos representantes de esa Iglesia tridentina definida como «una Iglesia para las almas».

La vida y la obra de Francisco Javier se enmarcan, de hecho, en ese período caracterizado por la reforma de la Iglesia, la lucha contra el protestantismo y también la misión *ad gentes*, que se inauguró a raíz de los grandes viajes oceánicos de los siglos XV y XVI y de la consecuente nueva comprensión de la geografía mundial, primavera misionera al comienzo de la edad moderna. En este horizonte, Francisco Javier llevó a cabo una obra de evangelización tal que le hizo digno merecedor del título de «apóstol de la India y del Japón», un título que solo puede ser entendido adecuadamente a la luz de las condiciones de vida de la época, así como las relativas a los

³ A. CARBONI (ed.), *San Francesco Saverio. Le lettere e altri documenti*, Città Nuova, Roma 1991, 35.

viajes, a las distancias y a los tiempos de los desplazamientos. Por ejemplo, desde 1541 hasta 1552, Francisco Javier recorrió por mar 63.000 km.

La vida de Francisco Javier se desarrolló en dos etapas. En primer lugar, la etapa europea (1506-1541), marcada por el encuentro en París con Ignacio de Loyola, quien, recordando constantemente la frase de Jesús: «¿Pues de qué le servirá a un hombre ganar el mundo entero, si pierde su alma?» (Mt 16,26), «conquistó» a Francisco Javier entre los primeros compañeros de esa aventura que tomaría el nombre de Compañía de Jesús. En segundo lugar, la etapa como misionero asiático (1541-1552), caracterizada por el apostolado *ad gentes*, cuyos principales destinos fueron la India (1541-1545), las islas Molucas (1545-1549) y Japón (1549-1552), hasta su muerte en Shangchuan. A través de él, el «espectáculo de la santidad» llegó a tierras y pueblos hasta entonces desconocidos por la Iglesia, los cuales podían escuchar el anuncio del Evangelio y recibir la salvación universal en la fe en Jesucristo resucitado.

La relación con Ignacio de Loyola y la experiencia de amistad en Cristo entre los primeros miembros de la Compañía de Jesús son dos elementos iniciales y permanentes de la fisonomía espiritual de Francisco Javier. La centralidad permanente de la persona de Jesucristo se puede comprender desde el origen de la Compañía de Jesús, llamada precisamente así porque nadie dirigía a sus miembros más que Jesucristo, al único al que querían servir. De esto siguió, sin interrupción, la pertenencia al cuerpo de Cristo en la historia que, si en general era la Iglesia dirigida por el Papa como sucesor de Pedro, de una manera particular se trataba de pertenecer a la Compañía de Jesús como lugar de familiaridad con el Jesús resucitado, vivo y presente entre aquellos que se habían hecho amigos y compañeros.

Por lo tanto, la espiritualidad y la actividad misionera de Francisco Javier se basaba en la conciencia expresada por san Pablo: «Porque nos apremia el amor de Cristo al considerar que, si uno murió por todos, todos murieron. Y Cristo murió por todos, para que los que viven ya no vivan para sí, sino para el que murió y resucitó por ellos. De modo que nosotros desde ahora no conoceremos a nadie según la carne; si alguna vez conocimos a Cristo según la carne, ahora ya no lo conocemos así» (2Cor 5,14-16).

Naturalmente, todo esto se revertía en el contexto concreto en el que Francisco vivió y llevó a cabo su apostolado. De las cartas se pueden extraer indicaciones significativas, como en el caso de la carta a Ignacio de Loyola del 28 de octubre de 1542 y de la dirigida a los compañeros de Roma el 15 de enero de 1544, de las que transcribimos algunos pasajes: «Cuando llegué a estos lugares, bauticé a todos los niños aún no bautizados, así que administré el sacramento a muchísimos niños que no sabían cuál es la diferencia entre la derecha y la izquierda. Tan pronto como llegué a las aldeas, los niños no me dejaban recitar la liturgia de las horas, ni comer ni dormir si antes no les enseñaba algunas oraciones. Entonces comencé a entender por qué de ellos es el reino de los cielos [...]. He conocido grandes talentos entre ellos y si hubiese quien los enseñara en la santa fe, estoy segurísimo de que serían buenos cristianos»⁴.

«En estos lugares, muchos se olvidan de convertirse al cristianismo al no tener personas que se ocupen de menesteres tan piadosos y santos. Muchas veces me conmueve la idea de ir a las universidades de vuestra parte, gritando como un hombre que ha perdido la cabeza, y especialmente a la Universidad de París, diciéndoles a todos en la Sorbona que tienen más ciencia que deseo de hacerla fructificar: “¡Cuántas almas no pueden ir al cielo y van al infierno por vuestra negligencia!”».

De los textos se deduce que la espiritualidad de san Francisco Javier está en constante relación con el apostolado por la salvación de las almas: apostolado realizado de un modo itinerante, con la predicación kerigmática, la instrucción catequística básica, el conocer y compartir los distintos ambientes incluso en condiciones de extrema pobreza. En cuanto al apostolado, se caracterizó por su «trato afable, lleno de comprensión y de respeto por todas las personas que se acercaban a él; esta fue sin duda una de sus dotes humanas más hermosas y atractivas, que escondía, bajo un velo de reserva y de las mejores maneras, su intensa vida espiritual y la íntima unión con Dios que ardía en su corazón»⁵.

⁴ *Ib.*, 102-103.

⁵ *Ib.*, 38.

A estos elementos hay que añadir la experiencia del sacrificio y de las pruebas, tal como Francisco Javier escribió a Ignacio de Loyola, el 9 de abril de 1552, contándole lo que había vivido en Japón: «Por la experiencia que tengo de Japón, los Padres que irán allí a dar sus frutos en las almas, especialmente los que irán a las Universidades, necesitan dos cosas. La primera es que previamente hayan tenido muchas pruebas y hayan sido perseguidos en el mundo, y tengan una gran experiencia y un gran conocimiento interior de sí mismos, porque en Japón serán perseguidos mucho más de cuanto jamás hayan sido perseguidos en Europa. Es una tierra fría y con poca ropa. No duermen en las camas sencillamente porque no las hay. La comida escasea. Desprecian a los extranjeros, especialmente los que van a predicar la ley de Dios, y esto hasta que no llegan a gozar de Dios. A los Padres siempre los perseguirán en Japón, y los que vayan a las Universidades no creo que puedan llevar las cosas necesarias para decir la misa, debido a los muchos ladrones que encontrarán en todos los lugares adonde vayan. Entre las muchas pruebas y tribulaciones, también está la falta del consuelo de la misa y de los poderes espirituales concedidos a las personas que siguen al Señor: Examine vuestra santa caridad las virtudes requeridas a los Padres que deberán ir a las universidades de Japón»⁶.

Pero Francisco Javier vivió los dolores, los sacrificios y las pruebas en la confianza, en la paz y en el gozo procedentes de las gracias que, como testimonia en sus escritos, recibió de Dios. Además de esto, fue ayudado por el testimonio de autenticidad y amistad fiel que experimentó cada vez que recibía las tan esperadas cartas de Ignacio de Loyola y de sus amigos. El amor de Cristo, que se le había manifestado en París en el encuentro con Ignacio de Loyola, fue la experiencia que acompañó a Francisco Javier y que se expresaba a través de su persona y de su vida, dedicada a la proclamación del Evangelio y a la salvación de los hombres y de las mujeres que conoció en el Extremo Oriente de la primera mitad del siglo XVI.

⁶ *Ib.*, 422.